

Valores propios, recursividad y dimensión histórico-contextual de la comunicación: el fundamento operativo del fenómeno llamado cultura

Eigenvalues, recursion and historical-contextual dimension of communication: the operational basis of the phenomenon called culture

Cecilia Dockendorff

Instituto de Estudios Avanzados IDEA, Universidad de Santiago de Chile, Chile

RESUMEN: En base a una revisión de textos de Luhmann y de propuestas de algunos autores sistémicos sobre cultura, este artículo intenta, primero, comprender sistémicamente los fenómenos comúnmente descritos o explicados mediante el concepto de cultura. Sin utilizar cultura sino conceptos propios de la teoría de sistemas sociales el texto ofrece una comprensión de las dimensiones tanto operativas como funcionales involucradas en la generación de dichos fenómenos. En segundo lugar, a partir del análisis anterior y en base a la noción de valores propios resultantes de la operación recursiva de la comunicación, el artículo propone un modelo de observación destinado a facilitar la investigación empírica sistémica.

PALABRAS CLAVE: Cultura; Valores Propios; Semántica; Comunicación; Recursividad; Luhmann

ABSTRACT: Based on a review of Luhmann's texts and proposals of some systemic authors on culture, this article attempts, first, to understand systemically the phenomena commonly described or explained by the concept of culture. Without using culture but concepts of social systems theory, the text offers an understanding of both the operational and functional dimensions involved in the generation of such phenomena. Second, from the previous analysis and based on the notion of Eigenvalues resulting from the recursive operation of the communication, the article proposes an observation model aimed at facilitating systemic empirical research.

KEYWORDS: Culture; Eigenvalues; Semantics; Communication; Recursion; Luhmann

INTRODUCCIÓN

El énfasis que la teoría de sistemas sociales de Luhmann (2007) ha puesto en caracterizar a la sociedad moderna destacando su estructura –diferenciada funcionalmente–, no ha facilitado la comprensión de elementos semánticos que se muestran resistentes a la diferenciación y que apuntan a la persistencia de unidades coherentes de sentido compartido. Sin desconocer la extendida premisa sociológico-sistémica de que la sociedad moderna se caracteriza fundamentalmente por ser contingente, en la que ya ninguna autodescripción –ni menos alguna normatividad– puede ser necesaria o imposible, mi interés se enfoca en unidades de sentido compartido que, por efecto del operar recursivo de la comunicación mantienen su vigencia en los distintos sistemas, se prestan a la observación y amplían la comprensión de la sociedad contemporánea.

La observación de esta persistencia de unidades de sentido compartido (aunque dinámicamente variables en el tiempo y el espacio) ha sido descrita

tradicionalmente con el concepto de cultura. En lugar de continuar llamándola cultura, observaré dichas unidades de sentido compartido indagando su fundamento desde la perspectiva sistémica. Intento dar vuelta el papel tradicional asignado a cultura: dejar de considerarla un concepto explicativo y más bien preguntarme sistémicamente qué fenómeno(s) se intenta describir mediante tal concepto. Antes de ello, resulta necesario abordar dos temáticas en la teoría de sistemas sociales que han resultado controversiales: el rechazo explícito de otorgarle al concepto de cultura un rango teórico, y la (aparente) subordinación de la semántica a la estructura.

Luhmann provee argumentos suficientes para desechar cultura como un concepto de rango científico. No obstante, vaticinó que dicho concepto mantendrá su vigencia hasta que surja un concepto de remplazo expuesto en una teoría elaborada de la autodescripción societal (Luhmann 2007: 769). Habría sido esperable que ofreciera un concepto y una

teoría de remplazo, pero el autor optó por no emprender esa labor, dejándola como una tarea que se mantiene pendiente. Para una teoría de pretensiones universalistas, se podría considerar una negligencia teórica el no haberlo ofrecido, habida cuenta de la vigencia que dicho concepto mantiene no sólo en las ciencias sociales sino también en la sociedad. Más aún, se justifica la crítica en tanto la teoría de sistemas sociales cuenta con los recursos conceptuales para abordar dicha construcción desde una perspectiva sistémico-constructivista.

Como consecuencia de dicho déficit teórico, han surgido variados intentos por parte de sociólogos sistémicos de encontrarle un lugar al concepto de cultura al interior de la teoría de sistemas sociales (Cadenas 2014; Farías 2006; Rodríguez 2002). A pesar de estos esfuerzos, sostengo que sin una comprensión sistémica de los fenómenos que cultura intenta describir, el uso del propio concepto en acepciones diferentes introduce mayor complejidad teórica y se transforma en una traba para profundizar el análisis y arribar a una comprensión de dichos fenómenos.

Por cierto, las teorías de la cultura fuera del ámbito sistémico tampoco han superado los problemas conceptuales tanto en antropología como en sociología. Según Mascareño (2007), ante la moderna “iterabilidad simbólica”, cultura ya no es útil para el análisis sociológico ni para el antropológico, dada su pretensión totalizante y multiabarcativa. El autor analiza hitos en la historia del concepto de cultura mostrando su “paulatino adelgazamiento”, hasta llegar a la antropología posmoderna.

A lo largo de la historia de sus definiciones, tanto en antropología como en sociología, cultura ha sido una versión de algo que es común y caracteriza a alguna unidad social. Cada definición se sostiene en alguna distinción abstracta, ya sea que cultura se distinga de naturaleza, de la sociedad, del sistema social y la personalidad o de los sistemas funcionales y el mundo de la vida (Habermas 1992). En general, el concepto de cultura –cualquiera sea la definición específica de ésta– trata de describir unidades coherentes de sentido compartido (incluyendo sus planos ideacionales, sociales y materiales). A mi entender, el problema se presenta al pretender definir lo que cultura es, para luego utilizarla como un concepto explicativo, en lugar de preguntarse qué fenómeno(s) se intenta describir mediante tal concepto. Falta entonces, interrogar a la teoría de sistemas sociales y establecer si es capaz de dar una mejor cuenta de aquello que el concepto de cultura pretende indicar. ¿Cómo es que, con todos los problemas que presenta, el concepto no ha sido abandonado? ¿Por qué Luhmann sugiere –hasta aquí acertadamente– que cultura no desaparecerá hasta

que aparezca un remplazo? Es más, ¿cómo es que el propio autor utiliza cultura por lo menos en cuatro o cinco acepciones diferentes a lo largo de su obra, al tiempo que le niega un rango teórico? Abordando estas preguntas surge la importante distinción entre estructura social y semántica.

Por cierto, la distinción estructura social/semántica se considera una muy influyente propuesta de la teoría de sistemas sociales, en tanto permite superar la tradicional separación entre estructura social y cultura o superestructura (Stichweh 2016). Se afirma asimismo que permite enfrentar dicotomías estériles como praxis material y codificación simbólica, pero también ha recibido críticas, por ejemplo, que en la obra de Luhmann habría una deficiente teorización del carácter estructurante de la semántica –indicando que en tanto las estructuras preparan formas del sentido que en la comunicación son tratadas como expectativas, se está hablando de semánticas– o que la teoría adolecería de un “sesgo operativista” al destacar el papel de la estructura por sobre la semántica (Farías 2006). Stichweh (2016) concluye que todo se construye sobre una semántica, presente en la propia operación de observación – la distinción misma–, por lo que la semántica aparece como constitutiva de la producción de estructuras. Todo ello implica que la semántica se presenta tanto a nivel operacional como descriptivo, de modo que estructura y semántica pueden aparecer muchas veces como indistinguibles. El tema sigue siendo controversial, por lo que para efectos de mi argumentación, estructura indicará la dimensión operativa en la formación de expectativas, y semántica describirá el contenido de sentido expresado en las expectativas.

Luhmann (2007: 777) reiteradamente indicó que una teoría de la sociedad moderna no puede basarse en descripciones semánticas porque la sociedad diferenciada produce semánticas heterogéneas desde los distintos sistemas funcionales que no pueden reducirse a denominadores comunes y ofrecerse como teoría de la sociedad moderna. Aceptando con Luhmann que el conjunto de descripciones semánticas no constituye una teoría de la sociedad, ¿cómo dar un tratamiento equilibrado a la estructura y la semántica y responder cómo es que una sociedad funcionalmente diferenciada continúa autobservando unidad(es) de sentido? Como dicho, no se trata de reivindicar el concepto de cultura al interior de la teoría de sistemas sociales, sino de abordar el déficit explicativo de la teoría sobre aquellos fenómenos que hacen surgir el propio concepto. Se trata de destacar un fenómeno, resultado de la propia operatividad de la comunicación, que tiene profundas consecuencias en la evolución de la sociedad,

como también para investigaciones empíricas de lo social.

Sostengo que es necesario enfocarse precisamente en la operatividad misma de la comunicación, observando el fenómeno de la recursividad de la comunicación y el papel de la dimensión histórico-contextual del proceso comunicativo. Afirmo que una mejor comprensión de los fenómenos abordados compactamente como cultura se alcanza integrando teóricamente conceptos clave de la teoría de sistemas sociales. Al respecto, este artículo utiliza el potencial explicativo de la noción de Heinz von Foerster de valores propios [Eigenvalues] resultantes de la recursividad de la comunicación.

Avanzar en esa dirección permitirá aportar, además, a dos temáticas relacionadas que también han recibido críticas por falta de tratamiento por parte de la teoría de sistemas sociales. Primero, al desarrollo de metodologías de investigación empírica, como los trabajos en sociopoiesis desarrollados por Arnold (2010), los que intentan responder a la crítica a la gran abstracción y consiguiente incapacidad de la teoría para facilitar investigaciones empíricas. Segundo, aportar a las propuestas de intervención social sistémico-constructivistas, como las iniciadas por Willke (2016) y Mascareño (2011).

Desarrollo mi presentación en los siguientes pasos: 1) Enfrento críticamente la deuda teórica de Luhmann respecto a los fenómenos aludidos por medio del concepto de cultura. 2) Prosigo indicando los conceptos sistémicos que permiten abordar sistémicamente el fenómeno tradicionalmente estudiado como cultura. 3) Luego destaco el operar recursivo y la dimensión histórico-contextual de la teoría sistémica de la comunicación. 4) Continúo proponiendo un tratamiento unificado a los efectos de la recursividad, la latencia operativa y la dimensión histórico-contextual de la comunicación, bajo el modelo heurístico de acervo de valores propios. 5) Finalmente destaco el potencial aporte de este modelo de observación a la teoría sistémica de la evolución social.

LUHMANN Y EL CONCEPTO DE CULTURA: UNA DEUDA TEÓRICA

Luhmann justifica su reticencia a otorgar un lugar central al concepto de cultura entre sus categorías teóricas, no solo por la extensión e imprecisión que ha adquirido el concepto. Tampoco porque si cultura alude al conjunto de normas y valores que posibilitan la integración social, ello resulta contradictorio con el modo diversificado en que se produce el acoplamiento individuo-sociedad en la sociedad moderna. El argumento más importante de Luhmann es, a mi juicio, su advertencia sobre el riesgo de ocultar la complejidad del fenómeno descrito con el

concepto de cultura y con ello obstaculizar la profundización del análisis. Dicha complejidad es la que bajo el concepto de cultura: “No se descubren sino se encubren” (Luhmann 2007: 699). Y es precisamente la teoría de sistemas sociales la que se encuentra en mejor posición para descubrir aquella complejidad y dar cuenta teórica sobre ella. No obstante, Luhmann no abordó tal desafío, por lo que se mantiene pendiente.

Dicha omisión deja sin aclarar cómo es que la sociedad contemporánea continúa utilizando el concepto de cultura para observar su(s) unidad(es). Luhmann (2007: 698) parece reconocerlo, por ejemplo, cuando sostiene: “Cultura significa algo así como la forma expresiva, anclada en la sociedad, de una representación del mundo, la cual, en otras sociedades puede tomar formas diferentes”. Por cierto, el autor da por descontado que cultura no pertenece a su arquitectura teórica sino más bien a las autodescripciones de la sociedad. Ni cultura ni representación del mundo tuvieron un desarrollo ulterior en su construcción teórica.

Pero es fácil observar que las representaciones del mundo no cambian a cada rato ni los distintos sistemas funcionales disponen de representaciones del mundo completamente idiosincráticas, como sí pueden serlo sus códigos y programas. Cabría aquí preguntarse, por ejemplo, ¿cómo se relacionan entre sí tales conjuntos de autodescripciones – representaciones del mundo a nivel societal– con aquellos otros conjuntos de autodescripciones de cada sistema funcional, organizacional, interaccional, psíquico? La teoría de sistemas sociales debería poder responder sin recurrir a la solución fácil de utilizar un concepto que descarta: cultura.

No obstante, lo destacable de cómo Luhmann trata el concepto de cultura no es diferente de cómo aborda otros conceptos sociológicos centrales (entre ellos individuo, sociedad, comunicación): deconstruye conceptos tradicionales para describir aquello a lo que estos apuntan con conceptos de mayor especificidad científica. Con cultura pasa algo similar, con la diferencia que el autor no completó el proceso de redefinición luego de la deconstrucción. Varias son las pistas explicativas de esta omisión, entre ellas su insistencia en que la evolución de las ideas solo lleva a semánticas históricas, y estas son siempre dependientes de “estructuras sociales predeterminadas por la forma dominante de diferenciación sistémica correspondiente” (Luhmann 2007: 434).

¿Qué faltó por redefinir para avanzar en descubrir el fenómeno encubierto con el concepto de cultura? Resulta sintomático de que algo faltó, el hecho que Luhmann recurra precisamente a cultura cuando da cuenta de aquello que no elaboró mayormente. Cultura aparece una y otra vez en sus

escritos, tratada, ya sea como una autodescripción de la sociedad, una reserva de sentido más general que la semántica, un esquematismo que provee temas y aportes a nivel de los sistemas interaccionales, o como la memoria de los sistemas sociales (Cadenas 2014). Este tratamiento disperso e inarticulado de cultura indica que el concepto se le hace necesario para observar fenómenos que no forman parte de su construcción teórica fundamental. ¿De qué fenómenos se trata?

Se podría pensar que la clave que unifica todos esos usos dispersos se relaciona con el concepto sistémico de memoria. Luhmann (1999: 206) sostiene: “Cultura es, así lo podemos considerar, la memoria de los sistemas sociales y, sobre todo, del sistema social llamado sociedad.” ¿Por qué el autor llama cultura a la memoria de los sistemas? Si cultura es la memoria de los sistemas, ¿en qué se diferencian ambos conceptos? Me parece que el concepto de memoria apunta al aspecto operativo de la autorreproducción de los sistemas, mientras cultura indicaría aquellos contenidos de sentido activados por la memoria sistémica. Cuando se refiere en particular a los contenidos de la memoria del sistema societal, Luhmann está indicando aquel conjunto de auto-descripciones que, en otros contextos y a falta de conceptos teóricos, denomina: “acervo de pensamiento específicamente moderno”, “tradicción de Occidente” o “acervo cultural relevante de orientación” (Luhmann 2007: 688–777).

En resumen, luego de la deconstrucción del concepto de cultura, Luhmann no ofreció un tratamiento teóricamente articulado a aquellos fenómenos parciales en que se deshace la cultura, cuando es observada bajo la lupa sistémico–constructivista. Sin embargo, sostengo que la propia teoría de sistemas sociales ofrece los conceptos suficientes para abordar tal deuda teórica.

CONCEPTOS SISTÉMICOS PARA LA CONSTRUCCIÓN DE UNA TEORÍA DEL FENÓMENO OCULTO TRAS CULTURA.

¿Cuáles son los conceptos sistémicos que, si son articulados, pueden dar cuenta del fenómeno descrito con el concepto tradicional de cultura? Más allá de los dos conceptos sistémicos fundantes –sentido y comunicación– reviso brevemente los conceptos de semántica, condensación, familiaridad, memoria sistémica, esquemas, latencia y valores propios.

Tal vez un tratamiento teórico particular del concepto de semántica –contenidos de sentido indicados– podría haber remplazado la noción de cultura. Luhmann realiza minuciosos estudios sobre la evolución de la semántica en algunos sistemas funcionales decantados a partir de medios de comuni-

cación simbólicamente generalizados: el amor, el dinero, la verdad o el poder, pero no ofreció un tratamiento teórico específico sobre semántica. La ausencia de tal teoría es lo que se echa en falta, en particular para aplicarse en investigaciones empíricas sistémicas interesadas en observar unidades de sentido compatibles con la diferenciación de la sociedad moderna.

Asociado al concepto de semántica surge el de condensación. Este responde a la pregunta sistémica por el modo en que el sentido puede tratarse en diferentes situaciones como si fuera el mismo; o cómo es que las repeticiones pueden producir identidades. ¿Qué es lo que se condensa y produce identidades reutilizables en la comunicación? Se trata de indicaciones del lado seleccionado de una distinción. Son semánticas condensadas las que producen identidades aptas para la reutilización en nuevas comunicaciones. Cada vez que una indicación es reiterada, el observador reafirma lo que indica; esto significa que toda indicación tiene como efecto colateral un grado mayor de condensación. De aquí nace el mundo que se nos hace familiar. En palabras de Luhmann (1988: 95, traducción mía): “La familiaridad es un hecho ineludible de la vida... Poco después de nacer, comenzamos a hacer distinciones... nos vemos obligados a indicar a qué lado de la distinción nos referimos... Tendemos a repetir esa indicación. Esto condensará la forma. A través de la condensación, el lado indicado asumirá no solo la calidad lógica de la identidad, sino también la calidad metalógica de la familiaridad.

Ahora, la teoría postula que para operar los sistemas requieren de una memoria. Si estos quieren efectuar posibilidades de enlace no pueden partir simplemente de su estado presente, sino que tienen que introducir distinciones para poder designar algo con lo que se pueda enlazar (Luhmann 2004: 200). Los sistemas tienen la capacidad de condensar y generalizar identidades útiles a la hora de conectar pasado con futuro. Por motivos de complejidad, el sistema no es capaz de conectar todas sus operaciones en un mismo evento, por tanto, no es posible concatenar y hacer operar la memoria en su totalidad. Así, esta no se constituye como un almacén de datos, sino como “la consistencia de todas las operaciones que suceden en vista de lo que el sistema construye como realidad” (Luhmann 2007: 457). Por consiguiente, el mecanismo operativo de la memoria requiere de semánticas condensadas, y estas se forman de manera diferenciada en cada sistema, dependiendo de su historia particular.

El concepto de esquema lo toma Luhmann de la psicología cognitiva que también utiliza otros nombres como: frames, scripts, cognitive maps, implicit theories. ¿Qué son estos esquemas? Se trata

de combinaciones de sentido que le sirven a la sociedad y a los sistemas psíquicos para formar una memoria que olvida casi todas las operaciones propias y que, sin embargo, conservan algunas en forma esquematizada para poder utilizarlas nuevamente (Luhmann 2007: 81). En el proceso continuo de comunicar informaciones se condensan imperceptible e inevitablemente estos esquemas, cuyo conocimiento y aplicabilidad pueden darse por supuestos cuando se trata de activar y proseguir la comunicación (Luhmann 2007: 876–7). Se definen como “descripciones de algo en calidad de algo, pero también de atribuciones causales que vinculan ciertos efectos con ciertas causas y con ello alientan los juicios morales, las conminaciones a actuar, las valoraciones” (Luhmann 2007: 432). Más aun, se trata también de “esquemas de tiempo, en especial el de pasado/futuro, o códigos de preferencia que cumplen con la función de esquematizar –bueno/malo, verdadero/falso” (Luhmann 2007: 81). Así, los esquemas –algo más que solo semánticas– son elementos condensados que participan en las operaciones comunicativas.

Los conceptos anteriores llevan asociada la noción de latencia. En efecto, semánticas condensadas, esquemas, memoria, trasfondo no problemático, familiaridad, todos aluden a elementos tácitos, participantes en los procesos comunicativos sin necesidad de ser explicitados. Por cierto, Luhmann reemplaza el presupuesto de la latencia estructural por el presupuesto de una latencia operativa. Esto significa –para el plano de la observación de segundo orden– que la latencia necesaria se vuelve latencia contingente; es decir, siempre posible de otra manera. El autor redefine el concepto de latencia de acuerdo con la referencia sistémica, esto es, distinguiendo entre latencia en los sistemas psíquicos y en los sociales. En sus palabras: “el concepto básico de diferencia entre entorno y sistema obliga a diferenciar entre la latencia de conciencia y la latencia de comunicación, en particular si la teoría está hecha para destacar la interdependencia” (Luhmann 1991: 340). Ello permite superar la noción de latencia como una condición que facilita la determinación de la sociedad sobre el individuo, mostrando cómo ambos –individuo y sociedad– se condicionan mutuamente desde sus respectivas latencias (Luhmann 2007: 888).

En efecto, si las conciencias no dispusiesen de una dimensión latente inaccesible directamente, no habría necesidad de comunicación. La latencia de la conciencia es la condición del entorno para la formación de los sistemas sociales. Si los sistemas psíquicos fuesen omniscientes estarían relacionados entre sí, serían plenamente transparentes y no se formarían los sistemas sociales (Luhmann 1991: 340). Indudablemente, conciencias sin latencia no

requerirían de comunicación. Luhmann destaca que la conciencia puede subvertir las latencias sociales al dedicarse a la comunicación, esto es, producir irritaciones que logren cambiar el rumbo de la comunicación, mientras, por su parte, la comunicación puede sabotear las latencias psíquicas, lo que constituye la base del proceso de aprendizaje (Luhmann 1991: 341). Demás está destacar la importancia que este concepto de latencia tiene respecto al cambio social (cultural), como veremos más adelante al tratar la teoría de la evolución de la sociedad.

Podemos concluir que lo anterior ratifica la universalidad de la latencia en toda operación comunicativa. Ninguna semántica explícita aparece en una operación comunicativa desvinculada de una semántica latente. La latencia se revela, en consecuencia, como una dimensión universal en el operar de los sistemas que procesan sentido. No necesitamos destacar la cercanía de este concepto sistémico de latencia con la noción de cultura.

Por último, asociado a los conceptos de memoria sistémica y esquemas, encontramos en la teoría de sistemas sociales el concepto de valor propio. Luhmann (2007: 459) sostiene que a partir de la reutilización de identidades particulares “surgen en el operar recursivo de un sistema “objetos” como “valores propios” específicos del sistema a lo largo de los cuales el sistema puede observar la estabilidad y el cambio.” A las autodescripciones relativamente estables que se forman como resultado del observar y describir recursivo de las mismas, “se les llama también en la cibernética matemática “valor propio” del sistema” (Luhmann 2007: 705). Aclara el autor que cuando las operaciones de observación se aplican una y otra vez a sus resultados, el desenlace lleva a valores propios estables, es decir, “a una semántica que los sostiene y que por eso se le otorga preferencia” (Luhmann 2007: 857).

Pero los valores propios no solo aparecen como descripciones, sino que cumplen también funciones operativas. En efecto, refiriéndose al operar de los sistemas, Luhmann (2007: 689) sostiene: “Tanto las codificaciones como las formaciones de criterios son logros propios del modo de operar autorreferencial; son –como dirían los matemáticos– “valores propios” de su operar recursivo”. En suma, los valores propios indican semánticas –identidades, autodescripciones estables–, pero también indican esquemas, criterios, preferencias, relaciones, incluso comportamientos; elementos que claramente sobrepasan el alcance del concepto de semántica.

Lo anterior nos permite especificar el concepto de valor propio como aquel conjunto de esquemas y semánticas condensadas que se repiten en un determinado sistema, indicando asimismo los contenidos diferenciales a los que las memorias de cada sistema particular recurren. En consecuencia, en las

operaciones de los sistemas y sus acoplamientos participan los valores propios de cada sistema involucrado. Por cierto, los valores propios no solo se forman en el operar de los sistemas funcionales, sino a través de todos los niveles de constitución de sistemas, incluyendo los sistemas psíquicos. De este modo, los valores propios permiten individualizar a cada sistema, desde el societal a los psíquicos, a partir de su particular y única historia, y explicar así la variabilidad de sus constituciones o formas. Ahora, los valores propios en tanto autodescripciones pueden aparecer explícitamente en la comunicación, pero en tanto esquemas o semánticas condensadas que incluyen códigos y criterios, preferencias y relaciones, permanecen latentes.

En suma, hemos apreciado cómo los mencionados conceptos sistémicos de semántica, condensación, familiaridad, memoria sistémica, esquemas, latencia y valores propios presentan una clara descripción de diferentes aspectos que remiten a la complejidad del fenómeno oculto tras el compactado concepto de cultura. Pasamos ahora a revisar los procesos involucrados en la relación de dichos conceptos sistémicos entre sí.

RECURSIVIDAD Y DIMENSIÓN HISTÓRICO-CONTEXTUAL DE LA COMUNICACIÓN: LA OPERATIVIDAD QUE FUNDAMENTA EL FENÓMENO LLAMADO CULTURA.

De la exposición anterior podemos concluir que, si bien Luhmann no utiliza valores propios como un concepto central en su arquitectura teórica, sino hace referencia a estos como pertenecientes a los ámbitos de las matemáticas y la cibernética, ello no obsta para que este concepto logre mayores rendimientos teóricos. Debemos a Heinz von Foerster (1976) una de las ideas clave en el desarrollo de la teoría sistémica de la comunicación: la generación de valores propios en la operación de máquinas no triviales. La consecuencia básica de la recursividad de la comunicación de cualquier sistema que se constituya como una máquina no trivial –sistemas psíquicos y sociales– resulta en la generación de estos valores. Se trata de la formación de estabilidades producidas por la recursión en la comunicación.

Desde la perspectiva cibernética, las máquinas no triviales tienen estados internos que cambian permanentemente, por lo que cada operación es nueva, nunca repite la anterior. Sin embargo, el operar recursivo hace parecer como si pudiese repetirse lo anterior y se pueda llegar a cumplir con lo que el sistema se propuso en una operación anterior. Dicha recursividad es lo que permite abordar las estabilidades, por un lado, diferenciales y, por otro, comunes en la comunicación, y sus consecuencias para

la vida social, entendida esta como los acoplamientos incesantes de los sistemas psíquicos en múltiples sistemas sociales: interaccionales, organizacionales y funcionales. Son precisamente estas estabilidades las que otorgan inteligibilidad al fluir –de otra manera caótico– de la comunicación, esto es, de la sociedad.

Por su parte, asumiendo dicha recursividad de la comunicación, la teoría luhmanniana reemplaza los conceptos de sujeto e intersubjetividad por una teoría sistémica de la doble contingencia, situación ineludible en que se encuentran alter y ego (dos sistemas psíquicos en una interacción; pero también es el caso cuando alter y ego son sistemas sociales) ante la comunicación. Ésta involucra un proceso de tres selecciones: alter selecciona una información (1) y una conducta de notificación (2); ego, por su parte, comprende (3).

El que los sistemas psíquicos y sociales operen autopoieticamente implica que la información no pasa de un sistema a otro, ni de una conciencia a otra en el caso de los sistemas psíquicos. La clausura operativa y las diferencias constitutivas y biográficas de cada individuo (sistema psíquico) participante en la comunicación, implican que la comprensión de ego de la oferta comunicativa de alter sea apenas probable. Ante ello, la teoría plantea que la sociedad ha establecido evolutivamente mecanismos que aumentan la probabilidad de éxito de la comunicación a través de estandarizar estructuras de expectativas y medios simbólicos que anteceden y facilitan la conectividad entre alter y ego, amén del lenguaje como principal medio que utilizan los sistemas que procesan sentido. Así, el problema de la improbabilidad de la comunicación que plantea la doble contingencia se resuelve por medio de la propia comunicación.

Por cierto, la comprensión por parte de ego, si bien es altamente independiente de la información y su notificación por parte alter, no lo es del todo, puesto que quedan ligadas por la referencia a un mismo ámbito de sentido, aunque éste se duplique para alter y para ego (Mascareño 2017). Se trata de referencias a un mismo ámbito de sentido, que aluden a estabilidades que solo aparentan identidades, producto de la recursividad de la comunicación.

¿Cómo es que la información/notificación de alter y la comprensión de ego pueden quedar ligadas en base a esas estabilidades producidas por la recursividad de la comunicación? Para entenderlo, sostengo que la descripción de la operatividad del proceso comunicativo requiere completarse con la dimensión histórico-contextual de la comunicación. Así lo expresan las afirmaciones de que “el sistema no puede escapar a su propia historicidad, siempre debe partir del estado en el cual él mismo se ha colocado” (Luhmann 2007: 700), o “el sistema no

puede transformar de improviso sus autodescripciones y comenzar de cero, sin *presupuestos*” (Luhmann 2007: 706, destacado mío). Poca duda cabe que dichos presupuestos apuntan a aquellos elementos condensados en tanto valores propios, los que participan en cada evento comunicativo.

Continuando esta argumentación, interesa problematizar las consecuencias de la recursividad de la comunicación y la dinámica histórico-contextual de todo sistema en su deriva de acoplamientos estructurales. Sostengo que observar dichas consecuencias hace posible comprender el fenómeno indicado como cultura, básicamente porque da cuenta del proceso de condensación y formación de acervos de sentido reducido, esto es, valores propios, tanto en sistemas sociales como en psíquicos, en un momento determinado. Luhmann (1999: 206) lo reconoce así, aunque no ahonda en las consecuencias de su afirmación: “La cultura es, dicho de otra manera, la forma de sentido de la recursividad de la comunicación social.” Esta observación de la cultura como el resultado de la recursividad de la comunicación, permite invertir el papel tradicional asignado a cultura: deja de considerarse un concepto explicativo y pasa a ser observable como un fenómeno social explicado desde la operatividad sistémica de la comunicación.

Así, podríamos decir metafóricamente que cultura es el nombre que se da a un epifenómeno de la recursividad de la comunicación. Dicho epifenómeno puede observarse utilizando lo que llamo modelo de acervo de valores propios en los distintos niveles de formación de sistemas, como veremos más adelante. La particularidad de estos acervos de valores propios es que permiten captar un efecto orientador en la comunicación (entendido como privilegiar algunas distinciones por sobre otras), producto de repetir semánticas y esquemas devenidos valores propios que permanecen (y cambian) en cada sistema particular.

Esta observación de un epifenómeno de la recursividad de la comunicación destaca como un fenómeno universal, una inevitable consecuencia del incesante acoplamiento individuo-sociedad en la comunicación. Un fenómeno inevitable que puede observarse en la sociedad mundial y en la intimidad de una pareja, incluso caracterizar la particularidad de cualquier sistema psíquico. Los acervos de valores propios tanto permanecen como cambian; logran describir tanto una época como una conversación privada. Lo que varía es la extensión del alcance, la profundidad de condensación y la mantención en el tiempo de sus respectivos valores propios.

En consecuencia, propongo acervo de valores propios como un modelo heurístico destinado a facilitar la observación de los fenómenos que el concepto de cultura encubre. Ello apunta a superar

la falta de un concepto de remplazo al de cultura en la teoría de sistemas y el constructivismo. A diferencia de las normas o conceptos como *habitus*, imaginarios sociales, subculturas o rasgos culturales, los acervos de valores propios sirven de modelo a un observador de segundo orden para comprender el particular fenómeno de formas de sentido que se repiten en los sistemas que se comunican en la sociedad.

Cabe destacar que el carácter elusivo del concepto de cultura y sus problemas lógicos (la indicación de algo como estable, pero que a la vez está en permanente cambio; de algo que es común, pero a la vez diferenciado) se superan mediante el uso de acervo de valores propios como modelo de observación.

De esto se desprende la superioridad conceptual de los valores propios por sobre cultura. Los acervos de valores propios se presentan como un aparente mismo fenómeno, pero, así como cada operación comunicativa es siempre única, el efecto de la recursividad jamás es el mismo. Mascareño (2017) habla de un “engaño sistémico” que sufre el observador que percibe identidades ahí donde las regularidades aparentan serlo, pero no lo son. Pero el que así sea no les resta a tales regularidades – observables como acervo de valores propios– su poder orientador, como el mismo autor parece indicar cuando se refiere a “las poderosas fórmulas semánticas modernas del progreso, la modernización y el desarrollo” (Mascareño 2017: 71).

ACERVOS DE VALORES PROPIOS

A continuación, inicio una construcción con miras a aportar al surgimiento de un concepto de remplazo a cultura, anclado en la teoría de sistemas sociales. Doy un tratamiento unificado a los efectos de la recursividad de la comunicación, la latencia operativa y la dimensión histórico-contextual de la comunicación.

He sostenido que la historicidad de cada sistema –que se teje a partir de los efectos de la recursividad de la comunicación– se expresa en valores propios de cada sistema. El concepto de valor propio es el que, a mi juicio, logra describir el resultado final de la participación convergente en el operar comunicativo de los conceptos de semánticas, condensación, familiaridad, esquemas, memoria sistémica y latencia operativa. Desde el punto de vista operativo, los valores propios son producidos por la comunicación y, en una perspectiva funcional, muestran sus consecuencias en un efecto orientador de cadenas comunicativas que los presuponen.

Para la observación de dichos valores propios y su efecto orientador propongo el modelo heurístico que he llamado acervos de valores propios. Este

indica aquel conjunto único de valores propios observable —desde una perspectiva de segundo orden— en un sistema dado en un momento determinado, pero que está en permanente cambio a partir del acoplamiento incesante a la comunicación. Ciertamente, en ese cambio permanente no todo cambia ni cambia en cualquiera dirección. Precisamente aquello que permanece en estado de latencia operativa como efecto de la recursividad de la comunicación muestra un efecto orientador de las selecciones del próximo evento comunicativo.

Y es eso lo que interesa tematizar con mayor especificidad con los conceptos de valores propios y acervos de valores propios. Sirven como un instrumento de observación y describen, no ya los procesos operativos, sino los contenidos de sentido involucrados en el fluir comunicativo y sus consecuencias sociales. Hablar de acervo de valores propios a nivel societal, por ejemplo, resulta teóricamente más consistente que nombrarlos trasfondos compartidos de sentido, tradición de pensamiento moderno o, en su defecto, imaginarios sociales o cultura.

Para indicar dichos contenidos de sentido, el concepto de valores propios tiene una ventaja respecto del concepto de semántica. El problema de este último aparece respecto de semánticas que no se condensan, por ejemplo, los temas y aportaciones que surgen y pronto caducan, esto es, dejan de ser utilizados en la comunicación. Ello obligaría a distinguir entre semánticas que caducan y otras que se mantienen latentes, listas para ser reactualizadas. ¿Cómo diferenciar aquellos contenidos comunicativos destinados meramente a describir o a enlazar comunicaciones, de aquellas semánticas que a efecto de repetirse—condensarse—repetirse adquieren finalmente un efecto orientador? ¿Cómo diferenciar, por ejemplo, una semántica como la de la individualidad que muestra una presencia transversal en prácticamente todos los sistemas funcionales, de una semántica surgida en un particular sistema interaccional que no vuelve a repetirse? Habría que calificarlas de semánticas condensadas con efecto orientador, y esto es precisamente lo que describe el concepto de valores propios.

Por cierto, dicho efecto no es algo que les pertenezca *per se* a los valores propios, sino una condición que adquieren histórico-contextualmente como resultado de la operatividad recursiva y la evolución sistémica. En teoría, cualquier tema, aportación, autodescripción, posee un potencial efecto orientador, en tanto la recursividad de la comunicación se lo otorgue evolutivamente por un período que la propia evolución mantenga. Se trata, por ende, de un proceso netamente contingente.

No obstante, para indicar los contenidos y el efecto orientador de la recursividad de la comunica-

ción, el concepto de valores propios tampoco está libre de problemas. Particularmente en el ámbito de las ciencias sociales, la palabra valor —que tiene un significado específico para un cibernético— conlleva una carga histórica muy distinta. En el ámbito sociológico, precisamente como producto de su uso recursivo en las comunicaciones de este subsistema de la ciencia, más que aclarar puede confundir. Así y todo, sostengo que el concepto de valores propios tiene el mejor potencial para remplazar al concepto tradicional de cultura.

Desarrollar una teoría de los valores propios acoplada a la teoría de sistemas sociales permitiría no solo ofrecer una alternativa al concepto tradicional de cultura, sino también responder preguntas esquivas para la teoría de sistemas del tipo ¿cómo dar cuenta de la variabilidad en los acoplamientos entre sistemas psíquicos y sociales y de la variabilidad en la formación de expectativas por parte de alter y ego cuando se acoplan a la comunicación? y ¿Cómo es que en una sociedad funcionalmente diferenciada en sistemas autopoieticos se observan valores propios comunes a los distintos sistemas funcionales?

Dado que cada nivel sistémico y cada sistema particular, desde el psíquico hasta el societal, opera con sus correspondientes valores propios, al relacionarse los sistemas entre sí por medio de sus recurrentes acoplamientos, se puede observar que repiten algunos valores propios y otros no. Luhmann (2007: 779) reconoce que la diferenciación de los sistemas funcionales provoca importantes generalizaciones, las que ejemplifica con la idea de progreso o con características universales del ser humano, como libertad, igualdad, fraternidad. En el capítulo dedicado a las autodescripciones en *La Sociedad de la Sociedad*, el autor sostiene que continúa siendo válida —por falta de un sustituto, aclara— la lógica de dos valores y, con ella, las descripciones ontológicas del mundo. Agrega que, pese a todas las manifestaciones de corrosión de esta semántica véteroeuropea, “no es posible poner fecha al fin de esta semántica, ni tampoco a las expectativas apoyadas en ella” (Luhmann 2007: 763). Tales afirmaciones, a pesar del impacto que implican en la sociedad contemporánea, no recibieron un tratamiento ulterior por parte del autor.

No obstante, la vigencia y extensión de valores propios compartidos a nivel societal son reconocidos por Luhmann (2007: 688–777) aunque utilizando conceptos poco específicos como tradición de Occidente, pensamiento véteroeuropeo, o acervo de pensamiento específicamente moderno. Por cierto, a nivel de los sistemas funcionales la teoría ni siquiera menciona conceptos correspondientes. Claramente los valores propios a nivel de estos sistemas no son

equivalentes a sus programas explícitos –aunque estos presuponen valores propios compartidos. Para los sistemas organizacionales tampoco cuenta la teoría con conceptos de rango teórico que den cuenta de los acervos de valores propios a ese nivel.

Respecto de las organizaciones, cabe mencionar el intento de algunos autores sistémicos por apuntar a acervos de valores propios, pero que ante la ausencia de un concepto específico recurren a cultura. Rodríguez (2002: 126) propone la siguiente definición: “definiremos cultura organizacional como el conjunto de premisas básicas sobre las que se construye el decidir organizacional. Estas premisas aparecen como indecibles e indecididas... La mayor parte de estos referentes opera en un nivel pre-reflexivo.” Por cierto, esta definición de cultura organizacional alude a acervos de valores propios a ese nivel sistémico, pero mantiene los problemas que afectan al concepto de cultura. Al relacionar el nivel organizacional con el societal se agudiza el problema: “La organización considera a la sociedad como el entorno más amplio, de donde obtiene parte importante de las premisas para su decidir. Esto quiere decir, que la cultura organizacional es consistente con la *cultura de la sociedad* en que la organización está inserta” (Rodríguez 2002: 126 destacado mío). ¿Qué significa ser consistente con la cultura de la sociedad? ¿Cómo hablar sistémicamente de la cultura de la sociedad?

Los valores propios a nivel interaccional carecen asimismo de un concepto específico. Menos aún se cuenta con un concepto adecuado a nivel de los sistemas psíquicos. Así, por ejemplo, Mascareño (2005), a falta de conceptos precisos, utiliza expresiones como: su propio repertorio o sus propias determinaciones. ¿En qué consisten sociológicamente las propias determinaciones de los sistemas psíquicos que participan en la comunicación? Las referencias mutuas entre alter y ego desde sus propios repertorios no son adjudicables sin más a la esfera de lo psicológico, en tanto operan ahí condicionamientos sociales (valores propios) respecto de los cuales la teoría de sistemas sociales no ha propuesto conceptos adecuados.

La particularidad del acervo de valores propios de cada sistema en un momento dado, y el aparente compartir valores propios entre alter y ego, lo aclara la teoría respecto de la doble contingencia en el proceso comunicativo: “alter y ego junto con disponer de sí mismos como sistema autorreferencial, deben comprenderse a sí mismos como parte del mundo con sentido, deben entenderse a sí mismos como parte del conocimiento universal” (Luhmann 1991: 154). La teoría indica que los individuos –sistemas psíquicos–, desde su nacimiento, se acoplan a la comunicación. Al comienzo en un sistema interaccional con la madre y la familia y luego su autosocia-

lización se diversifica a partir de su participación en sistemas interaccionales diversos hasta su dinámica de inclusiones en organizaciones y sistemas funcionales de la sociedad.

Precisamente, los acervos de valores propios logran hacer observables los componentes del proceso comunicativo que permiten identificar tanto lo común como lo idiosincrático de cada sistema, dando cuenta de la estabilidad (aquello que se repite) como de la variabilidad (lo novedoso) en la comunicación.

En los tres pasos selectivos del proceso comunicativo en que alter y ego se observan, lo hacen mediante sus respectivos acervos de valores propios. Ahora, ambos acervos de valores propios, si bien son otros no son completamente otros, en tanto comparten valores propios, obviamente en consonancia con sus particulares historias como sistemas. Cada sistema acoge en su operar autopoiético la irritación de aquel con el que se acopla, pero de acuerdo con su propia historia –su propio acervo de valores propios. (Ver anexo 1).

En cuanto al efecto orientador de los valores propios, podemos observar que este varía acorde a su amplitud de cobertura, esto es, en términos de la cantidad de sistemas sociales en los que son observables, como también en el grado de abstracción y generalidad que alcanzan como contenidos condensados. A ello apunta Luhmann (2007: 763) cuando deja entrever niveles de condensación mencionando “estructuras profundas de pensamiento.” Afirma, por ejemplo, que “la semántica véteroeuropea encadena al pensamiento europeo hasta muy avanzada la modernidad, duración que varía según *la profundidad* de los distintos conceptos... aquellos componentes de la semántica véteroeuropea que echan raíces *más profundas* continúan por mucho más tiempo” (Luhmann 2007: 762 destacado mío).

Observamos que, cuando se pasa de contextos más específicos (sistemas interaccionales) a más generales (sistemas funcionales y el societal), los valores propios compartidos se van haciendo cada vez menos en cantidad, más abstractos y generales, esto es, adquieren una mayor profundidad de condensación. En general, aquellos valores propios que adquieren un mayor nivel de condensación y se han hecho más abstractos con el uso repetido en el tiempo, son los que abarcan a todos o la mayoría de los niveles de sistemas. Aquellos de menor condensación, cercanos a la comunicación explícita, aparecen en los niveles de sistemas menos amplios, pero mantienen una cierta coherencia de sentido con los más abstractos.

Como un ejemplo de valores propios de máxima abstracción y generalidad podemos indicar la individualidad en la sociedad moderna (los seres humanos somos individuos, iguales, libres, autóno-

mos) que muestra su efecto orientador en valores propios, por ejemplo, a nivel de los sistemas funcionales expresados en semánticas como ciudadano, cliente, estudiante, esposo, o al nivel del individuo moderno en las semánticas del yo, el sí mismo, el ego.

Por último, insisto en que los acervos de valores propios se ofrecen como un modelo para la observación de segundo orden; no describen identidades existentes. Tampoco se trata de regularidades comunicativas fijas, sino que están en permanente disposición tanto a permanecer como a cambiar, acorde con la evolución propia de cada sistema, esto es, sus respectivos y sucesivos acoplamientos. (Ver anexo 2).

TEORÍA SISTÉMICA DE LA EVOLUCIÓN Y ACERVOS DE VALORES PROPIOS

Sostengo, a continuación, que la teoría sistémica de la evolución se ve también enriquecida al considerar los acervos de valores propios. Este modelo conceptual permite observar la dinámica evolutiva desde la perspectiva semántica e histórico-contextual. Para la teoría de sistemas sociales la evolución indica las transformaciones de la estructura efectuadas en el interior del sistema de manera autopoietica. Según la teoría, la evolución no sería más que una observación de segundo orden respecto de cómo la sociedad, o en su defecto cualquier sistema, describe sus propios cambios o los del sistema bajo observación.

Los mecanismos evolutivos consisten en variación, selección y restabilización de selecciones: la variación introduce una diferencia respecto de lo que se procesa hasta ese momento en el sistema, la selección da cuenta de lo que ocurre con la variación, ya sea que se la acoja o rechace. La tercera función evolutiva consiste en la restabilización de nuevas estructuras (variaciones seleccionadas) en un complejo de estructuras ya existentes en el sistema (Luhmann 2007: cap. 3).

La teoría de sistemas sostiene que el cambio acelerado de la sociedad funcionalmente diferenciada es solo un lado de la medalla. Al otro lado Luhmann lo llama el carácter conservador de la sociedad: “la realidad social está orientada de una manera extremadamente conservadora. No niega tan fácilmente aquello de lo que ya dispone —y cuya idoneidad ya ha aceptado— en vistas de algo desconocido” (Luhmann 2007: 365). Sin embargo, la teoría no ofrece un mayor desarrollo sobre este carácter conservador que observa en la sociedad funcionalmente diferenciada, ni de sus consecuencias.

Sostengo que, a nivel societal, valores propios profundamente condensados que permanecen latentes, al no ser requeridos en la comunicación, se ha-

cen más difíciles de enfrentar y persisten por más largo tiempo, esto es, se exponen menos a la variación. En efecto, uno de los rasgos distintivos del nivel de valores propios de máxima generalidad y condensación es su opacidad, su invisibilidad. Una consecuencia de estos valores propios profundamente condensados que permanecen latentes es el prolongado efecto orientador que ejercen a través de los valores propios condensados en grados menores de profundidad, como también sobre las semánticas utilizadas en la comunicación explícita. Tal como ejemplifica el propio Luhmann cuando apunta al acervo de pensamiento moderno, este incluye por ejemplo la moderna idea de progreso, pero además la lógica de dos valores y las descripciones ontológicas del mundo heredadas de la semántica véteroeuropea. Se entiende así que, dada la profundidad de condensación de tales valores propios, el autor sostenga que no puede preverse el fin de esta semántica, como tampoco de las expectativas apoyadas en ella (Luhmann 2007: 763).

El efecto orientador de estos valores propios permite entender que Luhmann hable de expectativas apoyadas en ellos. La lógica de dos valores y las descripciones ontológicas pueden observarse en todos o la mayoría de los sistemas funcionales, organizaciones, interacciones y también en los acervos de valores propios de los sistemas psíquicos. No es difícil apreciar el efecto orientador de valores propios como la ontología y la lógica bivalente en, por ejemplo, la persistencia de conflictos sociales apoyados en el enarbolamiento de la propia verdad que legítima la exclusión del otro, incluida la legitimación de la violencia. De paso permite entender también que la epistemología constructivista constituya un valor propio de apenas algunas reducidas minorías.

Al identificar un nivel societal de valores propios que extienden su presencia en la comunicación social por largos períodos de tiempo, el concepto de valores propios permite comprender lo que la auto-descripción de la sociedad distingue como épocas. El efecto orientador de lo que podemos llamar el nivel *epocal* de valores propios, permite indicarlos como verdaderos nodos de arranque de comunicaciones que se van encadenando y llevan presupuestos dichos valores propios condensados a máxima profundidad. Las consecuencias para la sociedad y el cambio social resultan más que evidentes.

En resumen, el modelo heurístico de acervos de valores propios permite dar una cuenta sistémico-constructivista tanto de las nociones de cultura como de época. De este modo, identificar un nivel societal de valores propios, aporta a especificar la expresión de que es necesario “reconocer la dependencia de la evolución de las formaciones de la so-

ciudad que ella misma ha producido” (Luhmann 2007: 377).

Adicionalmente, los acervos de valores propios permiten especificar la relación circular que se da entre la sociedad y los individuos. La teoría sistémica de la latencia sostiene que mientras no haya conciencias que subviertan las latencias de la comunicación, estas mantendrán su vigencia, por lo que solo perderán su efecto orientador a partir de variaciones introducidas en la comunicación a partir de irritaciones de sistemas psíquicos participantes, si logran que la comunicación las seleccione y restablezca. Los sistemas psíquicos (también los sociales) irritan la comunicación introduciendo variaciones, pero es la comunicación –la sociedad– la que realiza la selección y restabilización. La teoría también indica que el diferencial de latencias entre conciencias y comunicación no es sostenible por mucho tiempo. Ello permite comprender la base misma del proceso de evolución, tanto de los sistemas psíquicos como de los sociales. Los acervos de valores propios y la naturaleza del vínculo entre individuo y sociedad permiten observar, a su vez, tanto la dimensión conservadora como la acelerada diversificación simbólica de la sociedad contemporánea.

El aporte de los acervos de valores propios como modelo de observación puede tener especial relevancia –como remplazo del concepto de cultura– en facilitar investigaciones empíricas. En estas, lo que se observa son contenidos comunicativos más que procesos o mecanismos, semánticas más que estructuras, y tal observación requiere de instrumentos compatibles con la teoría de sistemas sociales.

Por último, considerada la evolución social desde la perspectiva de los acervos de valores propios, el destacar su componente orientador puede aportar a una teoría de la intervención social. Es conocida la abstinencia de Luhmann respecto de indicaciones para la intervención desde su teoría de sistemas sociales. Sin embargo, el edificio teórico luhmanniano no impide *per se* indicar cómo se puede intervenir en la sociedad desde una perspectiva sistémico-constructivista. Ejemplo de ello son algunos intentos por parte de autores que utilizan las premisas sistémicas y proponen vías de intervención acorde con ellas: la teoría contextual de intervención sistémica de Willke (2016) y la regulación contingente por parte del derecho reflexivo de Mascareño (2011).

En efecto, la consideración de los acervos de valores propios puede apoyar el esfuerzo por proponer vías de intervención social sistémica. La teoría de sistemas sociales da cuenta de que en la sociedad moderna las estructuras sociales no se imponen unilateralmente sobre los individuos, pero que tampoco estos pueden cambiarlas a discreción. Los

individuos (agrupados o no; desde sistemas institucionalizados o movimientos sociales) tienen la capacidad potencial de transformar la sociedad, pero no voluntariamente, sino mediadas sus intervenciones por la emergencia (y la autonomía) de la comunicación. Los acervos de valores propios como modelo de observación muestran el *modus operandi* del efecto orientador de valores propios a diferentes niveles de profundidad y con ello facilitan planear e intentar introducir variaciones en la comunicación. Permiten identificar en qué consiste el carácter conservador de la sociedad, qué es aquello de lo que ya dispone la sociedad y que no niega tan fácilmente, y por ende a cuáles y a qué nivel de valores propios deben apuntar los intentos de aportar variaciones con posibilidades de éxito.

CONCLUSIONES

En este artículo abordé críticamente la teoría de sistemas sociales de Luhmann, no por descartar el concepto de cultura como un concepto de rango científico, sino por afirmar que se requiere un concepto y una teoría de remplazo, y haberse restado de elaborarlos. A la vez, asumiendo los reparos del autor al concepto de cultura, descarté cultura como un concepto explicativo y me propuse descubrir aquello que el concepto intenta describir. A partir de ello, presenté una comprensión sistémica de los fenómenos comúnmente explicados por medio del concepto de cultura, con el propósito de proponer un concepto y un aporte para la elaboración de una teoría de remplazo a cultura, de base sistémico-constructivista.

Fundamento esta propuesta en el proceso –destacado por la cibernética de segundo orden–, de la recursividad de la comunicación y la consiguiente generación de valores propios. Al dar un tratamiento unificado a los efectos de la recursividad, la latencia operativa y la dimensión histórico-contextual de la comunicación, se pueden observar acervos de valores propios. Sostengo que dichos acervos permiten indicar aquella(s) unidad(es) de sentido que la sociedad ha tratado tradicionalmente como cultura. Esta observación de la cultura como un epifenómeno de la recursividad de la comunicación destaca como un fenómeno universal, una inevitable consecuencia del incesante acoplamiento individuo-sociedad en la comunicación.

Concluyo, en primer lugar, que con tal modelo de observación se logra remplazar el concepto de cultura. Observar la formación de valores propios, estables pero dinámicos, comunes e idiosincráticos, permite captar tanto similitudes como diferencias, identidades y diferenciaciones, sorteando el problema lógico que se le presenta al concepto de cultura. De este modo se logra desentrañar lo elusivo que

caracteriza al fenómeno descrito tradicionalmente como cultura.

En segundo lugar, concluyo que la conceptualización de acervos de valores propios complementa la teoría sistémica de la evolución social, al destacar que aquello que permanece como latencia operativa en la comunicación muestra un efecto orientador de las próximas selecciones. Junto a la dinámica operativa de la variación-selección-restabilización de la comunicación, los acervos de valores propios permiten una observación de lo contingente, lo histórico-contextual de la evolución, dimensiones tradicionalmente aludidas por los conceptos de cultura y época.

En tercer lugar, concluyo que este proceso evolutivo, netamente contingente, resulta central a la hora de utilizar una teoría sistémico-constructivista de intervención social. La observación de acervos dinámicos de valores propios puede orientar la aplicación práctica de dichas teorías de intervención, identificando aquellos valores propios cuyo efecto orientador se intenta detener o remplazar por medio de introducir variaciones en la comunicación.

En cuarto lugar, el aporte de la consideración de acervos de valores propios como remplazo del concepto de cultura, apunta a facilitar investigaciones sistémicas empíricas. Al observador de segundo orden, el modelo de acervos de valores propios le permite captar con mayor especificidad los elementos latentes en grados diversos de condensación y extensión y estudiar su efecto orientador en cualquiera de los distintos niveles de sistemas y sus eventuales repercusiones en el problema social que investiga.

En síntesis, la propuesta de utilizar los acervos de valores propios como un modelo de observación permite la descripción de la(s) unidad(es) de sentido observables en la sociedad contemporánea. No se trata de sostener una descripción de la sociedad moderna que niegue la contingencia, efecto de su diferenciación funcional, sino de sumar a dicha perspectiva una observación de la persistencia de unidades de sentido compartido, con conceptos aportados por la propia teoría de sistemas sociales, sin tener que recurrir al controvertido concepto de cultura.

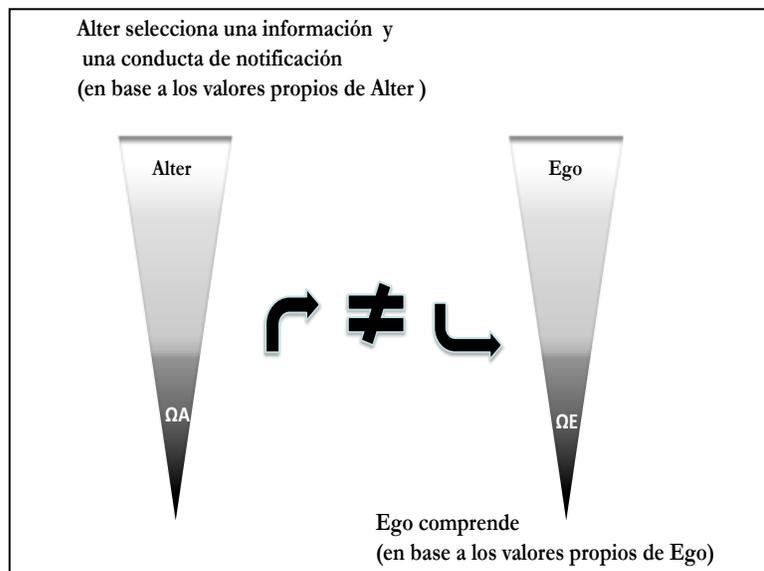
RECONOCIMIENTOS

Este artículo es parte de las actividades del proyecto FONDECYT de Iniciación N°: 11160497, perteneciente a la Comisión Nacional de Investigación Científica y Tecnológica, CONICYT.

REFERENCIAS

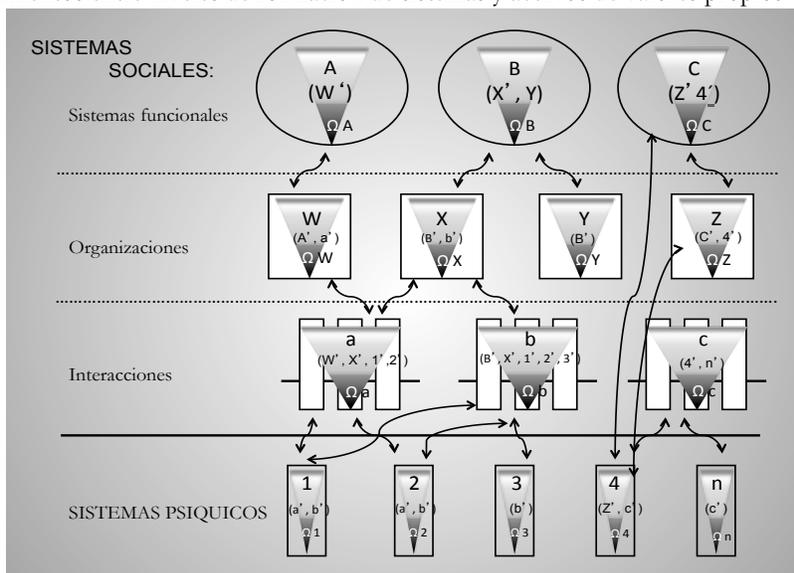
- Arnold, M. (2010). Constructivismo sociopoietico. *Mad* 23: 1–8.
- Cadenas, H. (2014). Cultura y diferenciación de la sociedad: La cultura en la sociedad moderna. *Polis* 13(39): 249–274.
- Fariás, I. (2006). Cultura: La distinción de unidades societales. En: I. Fariás & J. Ossandón (eds.), *Observando sistemas: Nuevas apropiaciones y usos de la teoría de Niklas Luhmann* (pp. 323–364). Ril: Santiago.
- Foerster, H. von (1976). Objects: Tokens for (Eigen-) Behaviors. *ASC Cybernetics Forum* 8: 91–96.
- Habermas, J. (1992). *Teoría de la acción comunicativa, II. Crítica de la razón funcionalista*. Madrid: Taurus.
- Luhmann, N. (1988). Familiarity, Confidence, Trust: problems and alternatives. En: D. Gambetta (ed.), *Trust: Making and Breaking Cooperative Relations* (pp. 94–107). Oxford: Basil Blackwell.
- Luhmann, N. (1991). *Sistemas sociales. Lineamientos para una teoría general*. México DF: Alianza.
- Luhmann, N. (1999). La cultura como un concepto histórico. En: *Teoría de los Sistemas Sociales II. Artículos* (pp. 190–213). Osorno: Universidad Iberoamericana, ITESO, Universidad de Los Lagos.
- Luhmann, N. (2004). *La política como sistema*. México DF: Universidad Iberoamericana.
- Luhmann, N. (2007). *La sociedad de la sociedad*. México DF: Herder, Universidad Iberoamericana.
- Mascareño, A. (2005). Sociología de la felicidad: lo incomunicable. *Cinta de Moebius* 23: 176–192
- Mascareño, A. (2007). Sociología de la cultura: la deconstrucción de lo mapuche. *Estudios Públicos* 105: 61–112.
- Mascareño, A. (2011). Sociología de la intervención: orientación sistémica contextual. *Mad* 25: 1–33.
- Mascareño, A. (2017). Esse sequitur operari, o el nuevo giro de la teoría sociológica contemporánea: Bourdieu, Archer, Luhmann. *Mad* 37: 54–74.
- Rodríguez, D. (2002). *Gestión organizacional. Elementos para su estudio*. Santiago: Pontificia Universidad Católica de Chile.
- Stichweh, R. (2016). Estructura social y semántica: la lógica de una distinción sistémica. *Mad* 35: 1–14. DOI:
- Willke, H. (2016). Formas de autoorientación de la sociedad. *Mad* 34: 1–35.

ANEXO 1: Comunicación; acoplamiento estructural alter-ego observando sus respectivos acervos de valores propios



La figura expresa los tres pasos selectivos del proceso comunicativo en que alter y ego se observan mediante sus propias distinciones, orientadas por sus valores propios. Ego comprende la selección de información y conducta de notificación de alter en virtud de sus valores propios. Ambos acervos de valores propios si bien son otros no son completamente otros, en tanto comparten valores propios que operan desde sus respectivas memorias, obviamente en relación con sus particulares historias como sistemas. La figura de triángulos invertidos intenta graficar que, a mayor grado de profundidad de condensación, los valores propios son más escasos y van aumentando en cantidad al acercarse al nivel de la comunicación explícita. En el vértice inferior podemos observar valores propios condensados a un máximo nivel de profundidad. Designo con la letra omega dicho nivel abstracto, a la que se agrega A de alter y E de ego para indicar que se trata de los mismos valores propios pero que dejan de ser los mismos al procesarse al interior de cada sistema autorreferencialmente. A y E, comparten valores propios que operan a nivel general del sistema societal (omega), como podría ser la semántica de la individualidad, y pueden estar compartiendo valores propios más específicos de algún sistema organizacional (por ejemplo, como gerentes de una empresa) y funcional (subsistema financiero del sistema económico) al que están acoplados y que aparecen graficados en las zonas grises de sus respectivos acervos de valores propios. La figura permite también observar (en las respectivas zonas blancas) particulares semánticas explícitas que cada cual lleva a la comunicación ya sea como temas o aportaciones y que se hacen comprensibles en tanto mantienen una relativa coherencia de sentido con los respectivos acervos de valores propios.

ANEXO 2: Acoplamientos entre niveles de formación de sistemas y acervos de valores propios.



Las flechas indican los posibles acoplamientos entre distintos niveles de sistemas. Los triángulos invertidos indican el acervo de valores propios observables en cada sistema, cuyo fondo oscuro muestra los valores propios de mayor abstracción condensados a mayor nivel de profundidad, compartidos por todos los niveles de sistemas. Junto a la letra omega agregó la letra o número que identifica a cada sistema particular para indicar que se trata de los mismos valores propios, pero que no lo son al procesarse al interior de cada sistema autorreferencial. Las zonas grises indican valores propios particulares con mayores o menores niveles de condensación y mayor o menor nivel de presencia en los distintos sistemas. La falta de un límite preciso en el borde superior de cada figura triangular intenta expresar que los diferentes acervos de valores propios no son fijos sino están en permanente disposición tanto a permanecer como a cambiar, acorde con la propia evolución de cada sistema, esto es, sus respectivos y sucesivos acoplamientos. Por su parte, los límites de las figuras: rectángulos, rectángulos unificados por una línea, cuadrados y elipses, indican los límites sistémicos y su operar autorreferencial. Los números que designan a cada sistema psíquico (1 a n) indican la variabilidad e irrepetibilidad de cada individuo. La misma irrepetibilidad muestran los sistemas interaccionales (a;b;c), los organizacionales (W;X;Y;Z) y los funcionales (A;B;C). Los paréntesis indican los acoplamientos en los que cada sistema acoge la irritación de aquel con el que se acopla, pero de acuerdo con su propia historia –su acervo de valores propios– y operar autopoietico. La indicación prima (') que acompaña a cada letra indica que cada sistema participa en el acoplamiento (recibe la irritación) desde su propia autonomía operativa.

CONTACTO
dockendorff.c@gmail.com

Recibido: enero 2019
 Aceptado: julio 2019